



La Universidad refundará la Cátedra Juan del Enzina e impulsará el ámbito escénico. Esta sí es una buena noticia, doblemente buena, ya que implica, además, la reapertura del teatro, incluso mejor que todo eso, dado los tiempos que corremos, en los que noticias así, o sea, buenas por partida doble, escasean tanto que apenas se dan. Para una que surge justo es valorarla en lo que vale, que es mucho.

Es un acierto por parte de la Universidad recuperar lo bueno que tuvo, más cuando se perdió por una decisión torpe y por ello desacertada, una de las muchas que han venido [a golpetazos] convirtiendo la Universidad en un páramo cultural con la pretensión de hacer de ella otra cosa.

Le ha tocado recibir al rector Hernández Ruipérez los honores correspondientes a una decisión ajena, que inició en 2007 el

rector Enrique Battaner y continuó el rector José Ramón Alonso, la de recuperar la Cátedra como la de reabrir [una vez rehabilitado] el teatro que lleva el nombre de la Cátedra, Juan del Enzina, con lo que Salamanca salva un poco su actual penuria teatral, para compartir actividad con el Liceo. Poco donde elegir, pero dos es, sin duda, mejor que uno, frente a los cuatro que había cuando llegué aquí y me hice salmantino [de esto hará veintiséis años el 14 de noviembre], número razonable para una ciudad pequeña como la nuestra, que eran el Liceo, cerrado en 1994 [“Sonatas de espectros” fue la última representación] y recuperado en el 2002 [con una rehabilitación polémica, pero muy acertada, al respetar e integrar las ruinas, que comparte con Zara, del convento y de la iglesia de San Antonio el Real]; el Bretón, cuyas cicatrices abiertas aún permanecen ex-



La idea de recuperar la Cátedra es un acierto, tanto como el de la reapertura del teatro, Cátedra que fundó y dirigió durante dieciséis años José Martín Recuerda

puestas a la vergüenza pública; el Coliseum, del que la única referencia que queda es el pasaje que lleva su nombre; y el Juan del Enzina, clausurado el año 2002 que, por suerte para todos, se reabrirá el próximo viernes, o sea, pasado mañana.

El teatro ahí está, a punto para su reapertura [tras nueve años cerrado] con “La colmena científica (o el café de Negrín)” de José Ramón Fernández, dirigida por Ernesto Caballero, que para empezar no está mal.

En cuanto a la Cátedra, la idea de su recuperación es un acierto, tanto como el de la reapertura del teatro, Cátedra que durante sus dieciséis años de existencia [se creó el año 1971, siendo rector Felipe Lucena y se cerró sin una razón justificable, el año 1987, nada más jubilarse el fundador y director, a quien le reconocieron su labor al frente de todo aquello echán-

dole el cerrojo sin contemplaciones ni la más mínima consideración, siendo rector Julio Feroso] fue un referente indiscutible que supo dirigir y mantener con singular maestría el dramaturgo granadino, ya fallecido, José Martín Recuerda, un hombre entregado en cuerpo y alma al teatro, no sólo como autor dramático, también como director de la Cátedra, que acabó convirtiéndola en una parte importante e inseparable de su propia obra.

Fueron años de una actividad intensa y riquísima, por el prestigio como dramaturgo de Martín Recuerda y por el entusiasmo que ponía en todo cuanto se traía entre manos. Trabajador eficaz e incansable, había nacido para el teatro y eso mar-

có su vida. No estuvo la Cátedra en otras manos, solo en las suyas, fue por tanto fruto exclusivo de su inmensa capacidad, de sus muchos conocimientos y también de su reconoci-

da valía como creador, desde el principio hasta el final, por lo que hablar de la primera y, de momento, única etapa de la Cátedra de Teatro Juan del Enzina de la Universidad de Salamanca es hablar ineludiblemente de José Martín Recuerda.

Justo sería, una vez que la Cátedra reinicie su actividad dentro de esta nueva etapa que la Universidad acaba de anunciar [etapa que posiblemente tenga muy poco o nada que ver con la anterior, han pasado desde su desaparición veinticuatro años y es lógico que todo este tiempo marque diferencias] no olvidar a Martín Recuerda, haciendo constar en algún lugar y de alguna manera a quien creó esta experiencia [en sus inicios, pionera] elevándola a disciplina académica, que la Universidad no quiso o no supo reconocer ni valorar cuando decidió de forma artera borrarla del mapa universitario.